

---

## **NOTA EDITORIAL**

# **EL PROFESOR ELISEO MONTAÑA**

*Profesor Agregado, Carlos M. Pava.*

Inmensamente doloroso es para el discípulo escribir sobre el Maestro desaparecido, porque la pena que embarga el corazón no lo deja quizás apreciar en toda su amplitud los grandes merecimientos y virtudes que lo adornaban; pero a pesar de ello trataré de esbozar, aun cuando sea a grandes rasgos, la vida científica y social de quien por espacio de más de treinta años regentó la cátedra de Histología de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional con altruismo de miras, y una consagración que se podría llamar ejemplar, si otros profesores de su mismo temple y condiciones no lo hubieran precedido y acompañado, pues algunos de ellos todavía actúan en nuestra Facultad para orgullo y esplendor de la enseñanza médica colombiana.

El fue de aquellos que con José María Lombana Barreneche, Juan David Herrera, Roberto Franco, Pompilio Martínez, Luis María Rivas, Joaquín Lombana, Luis Felipe Calderón, Julio Manrique, Pablo García Medina, Manuel Cantillo, Carlos Esguerra, Zoilo Cuéllar Durán, José Ignacio Uribe, Luis Zea Uribe, Federico Lleras Acosta, Miguel Rueda Acosta, Hipólito Machado, Nicolás Buendía y muchos más cuyos nombres se me escapan por el momento, formaban el brillante elenco del profesorado de la Facultad de Bogotá, regida casi siempre por alguno de los ya nombrados, y que formó la actual generación médica que hoy los sustituye en todas las manifestaciones de la vida científica nacional.

Nació el doctor Montaña el 30 de abril del año 1862 en la población boyacense de Paipa cercana al risueño y fértil valle de Bonza que

está al pie del Pantano de Vargas donde en 1819 se dio la célebre batalla que fue como el prólogo de la epopeya de Boyacá; era hijo del señor Antonio Montaña y de doña Jacoba Granados, padres que supieron formar un hogar modelo pues fué del doctor Eliseo, de quien me



**PROFESOR, ELISEO MONTAÑA**

† Diciembre 24 de 1937.

ocupo, tuvieron otros hijos entre los cuales me fue dado conocer a los siguientes: al doctor Francisco Montaña, eminente juriconsulto, uno de los abogados más inteligentes y mejor preparados que haya ejercido su profesión en Bogotá, donde era generalmente conocido por cuantos tuvieron que ver con el foro, y aun por las personas que como yo, oíamos de labios de todos los ciudadanos el elogio fervido, la admiración sincera y la simpatía que sabía despertar en cuantos lo trataban, no sólo por su vasta ilustración jurídica, sino también por su privilegiada inteligencia que exhibía aun fuera de las disciplinas jurídicas en el trato familiar; al doctor Samuel Montaña, médico eminente, leal, afable y cariñoso con todos los que tuvimos la fortuna de tratarlo, como el

Dr. Eliseo socio fundador de la Sociedad de Cirugía y uno de sus miembros más activos, solícitos e interesado por ella, quién murió hace ya más de doce años; al doctor Marcelino Montaña, distinguido ingeniero, miembro de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, persona distinguidísima que actualmente ejerce su profesión en esta ciudad, y la señorita Angelina Montaña, prez y adorno de la sociedad bogotana.

Muy joven entró el doctor Montaña a hacer sus primeros estudios en el tradicional e histórico Colegio de Boyacá de la señorial ciudad de Tunja, de donde pasó al de San Bartolomé de esta ciudad regido por ese entonces por el doctor Antonio Vargas Vega, educador de gratísima memoria que dejó huella indeleble de su paso por el viejo claustro, dando germen a una generación ilustre de hombres ya casi desaparecida del escenario nacional, y cuya biografía habría de trazar el discípulo con mano maestra muchos años después cuando la Academia Nacional de Medicina le abrió sus puertas para honrarse a sí misma acogiéndolo en su seno.

Terminados sus estudios de cultura general y literatura tuvo la fortuna de ingresar al célebre Instituto Nacional de Agricultura de la Huerta de Jaime donde hoy asienta sus bases el monumental edificio de la Facultad de Medicina, regentado por esa época por el ilustre sabio que en vida llevó el nombre de Juan de Dios Carrasquilla, y de quien fue uno de sus discípulos más aventajados. Repetidas veces me habló el doctor Montaña de su estadía en ese humilde templo del saber donde el sabio maestro doctor Carrasquilla llevaba a cabo por entonces sus famosas investigaciones sobre serología antileprosa, trabajos seguidos con inmenso interés por el mundo científico de entonces y que hoy no han perdido todavía su actualidad e importancia; el doctor Montaña, según le oímos de sus propios labios trabajó en el famoso Instituto de la Huerta de Jaime con un entusiasmo tan grande y con una fe tan constante en el éxito de las labores emprendidas por el sabio Carrasquilla, que le sucedió con frecuencia el caso de olvidar salir en busca de su diario alimento por no interrumpir un trabajo cuya suspensión hubiera dilatado una esperanza.

Por mala fortuna una de nuestras frecuentes guerras civiles del siglo pasado hizo que se suspendiera el Instituto Nacional de Agricultura que había sido fundado en 1879, y el edificio, laboratorio de ensayos que quizás hubiera dado espléndidos resultados debido a la consagración y asiduidad de su ilustre jefe y sus discípulos, cerró sus puer-

tas a fines del año de 1884, es decir cinco años después de su fundación, para ser convertido en cuartel, destino que yo le alcancé a conocer en mi niñez. Entonces el doctor Montaña se vio precisado a pasar a la entonces Facultad de Medicina donde acabó sus estudios, siendo de notar que las asignaturas cursadas bajo la dirección del doctor Carrasquilla le fueron aceptadas en la Facultad, exigiéndole solamente las que le faltaban; de este modo el doctor Montaña coronó su carrera médica recibiendo el respectivo grado en el año de 1891 a los 29 de edad.

Era costumbre entre los recién graduados de entonces (hoy por mala fortuna no es así generalmente), que el joven médico saliera de la capital hacia las provincias a buscar sus primeros enfermos y ejercer la profesión en un medio menos competido, al mismo tiempo que más dilatado por nuestra inmensa variedad patológica: allí el joven galeno hacía como si dijéramos una gimnasia médica por espacio de varios años, para luego regresar a Bogotá a ponerse al frente de una clientela más culta y más exigente pero que remunera mejor no sólo materialmente, sino en lo tocante a la necesidad que tiene el que ejerce en estas condiciones de dedicarse más asiduamente al estudio y la experimentación. El Doctor Montaña apenas graduado se estableció en Santa Rosa de Viterbo (Boyacá), muy cerca de su tierra natal donde ejerció su profesión por espacio de tres años con opimos frutos y mucho provecho dadas sus grandes capacidades de clínico sagaz que muchas veces admiré en él.

En el año de 1894 se trasladó a Francia, radicándose en París en cuya facultad permaneció hasta 1899, entregado al estudio, especialmente a la ginecología, con los grandes maestros de entonces como Pozzi, Legueu, Doyen, Le Dentu, Segond, Quenu, Terrier, Faure y muchos otros; a Deulafoy, Widai, Roux siguió paso a paso sus enseñanzas del entonces famoso Hotel-Dieu, pues estos últimos acababan de recibir la herencia de manos de Bretonneau, Laenec, Trousseau, Peter, Jaccoud y Potain, quienes por espacio de cerca de un siglo habían luchado contra la famosa teoría de la inflamación de Broussais. Cerca de seis años permaneció el doctor Montaña en Francia donde recibió un segundo grado de doctor en Medicina de la facultad de París que orgullosamente ostentaba, y con mucha razón, entre sus títulos, para luego regresar al país, al que encontró en la guerra de los mil días: sus primeras clínicas fueron las ambulancias de su viejo y querido partido liberal, al cual sirvió por ese tiempo hasta casi el final de la revolución. Terminada

ésta en 1902, abrió su consultorio en esta ciudad y desde entonces ejerció aquí su profesión con lisonjero y brillante éxito.

Pero el año de 1902 es una fecha imborrable en la vida del viejo Profesor; porque en socio de su hermano Samuel, de los dos Manriques, Juan Evangelista y Julio, de Hipólito Machado, de Andrés Bermúdez, Julio Z. Torres, Zoilo Cuéllar Durán, Nicolás Buendía y otros cuyos nombres se me escapan por el momento, funda la Sociedad de Cirugía, meritoria institución que poco tiempo después echa los cimientos de la enorme fábrica que es hoy orgullo de Bogotá y que se llama Hospital San José, el que sin duda ninguna marcó una etapa fundamental en las construcciones hospitalarias de Colombia, puesto que algunos años más tarde el viejo Hospital de San Juan de Dios, acicateado por este estímulo se trasladó de su viejo caserón al edificio monumental que hoy ocupa, y que con el magnífico Hospital de San Vicente de Medellín, son hoy de los mejores de América, y poco o nada tienen que envidiar a los más modernos del mundo.

Eran de ver entonces las actividades desplegadas por los socios fundadores de la Sociedad de Cirugía para arbitrar recursos con el fin de rematar la obra empezada: bazares, misas campales, funciones de beneficio en el Teatro de Colón, petición de auxilios al Congreso Nacional, y todos los medios lícitos con que pudieran allegar fondos para no interrumpir la construcción; y entre ellos sobresalía el doctor Montaña, con un entusiasmo y una decisión de que yo mismo fui testigo: casi diariamente lo acompañaba desde el viejo edificio de Santa Inés hasta la Plaza de España, allá por los años de 1911, 1912, 1913, 1914 y 1915, a observar el estado de los trabajos, su progreso, la mejor ubicación de los servicios, tarea en que no desmayaba nunca y que consideraba como cosa propia. Muchas veces nos sorprendieron los terribles aguaceros que suelen caer en esta ciudad, en el edificio en construcción y no nos quedaba más recurso que guarecernos al pie de los paredones inconclusos y esperar allí pacientemente por varias horas hasta que pasaba el chubasco. Hermoso ejemplo el del doctor Montaña en que a la vez demostraba su interés por la obra de su gran cariño, daba lugar al progreso de la medicina nacional y de la ciudad en que se había radicado definitivamente.

Terminada la construcción de la parte norte del edificio y que se dio al servicio público hacia el año de 1920, el doctor Montaña comenzó en el Hospital San José una nueva labor: la de tomar a su cargo

gratuitamente el servicio médico del pabellón "Sáenz Pinzón" debido a la generosidad y altruismo del meritorio ciudadano cuyo nombre lleva; allí, podría decir que estableció cátedra de Clínica Médica de la cual fui asiduo asistente, y entonces tuve ocasión de apreciar en todo su valor al clínico eminente, que fríamente analizaba todos y cada uno de los síntomas de su paciente, examinaba concienzudamente, buscaba los signos más insignificantes, hacia las relaciones de causa a efecto, y con este acervo de datos, unido a su admirable capacidad clínica, realizaba desconcertantes diagnósticos, que pocas horas después confirmaba el laboratorio, o en un espacio de tiempo mayor el anfiteatro de Anatomía Patológica. Este, sin duda, fue para mí uno de los mayores atractivos del profesor Montaña; no podía yo menos de entusiasmarme al seguirlo paso a paso a la cabecera de sus enfermos pobres del Hospital San José; allí solíamos pasar las mañanas estudiando los diferentes casos, analizando uno por uno los síntomas y signos, especialmente los de aquellos que pertenecían estrictamente al dominio de la Clínica Médica, donde era de ver la filosofía, el sentido práctico y el consumado conocimiento de la enfermedad que poseía el profesor Montaña. En estas sesiones recordaba al sabio, al insuperable maestro profesor José María Lombana Barreneche que aún dictaba sus lecciones en el Hospital de San Juan de Dios y con el cual era casi contemporáneo el doctor Montaña; volvía yo a revivir en mi memoria la vida estudiantil cuando como simple alumno primero y después como interno y Jefe de Clínica del maestro Lombana Barreneche escuchaba de sus labios elocuentes aquellas disertaciones clínicas no igualadas, mucho menos superadas, que aún parecen vibrar en las salas vacías del viejo caserón que fue el antiguo Hospital de San Juan de Dios.

El doctor Montaña era de esa misma generación de clínicos, la que aprendió a hacer el diagnóstico únicamente con su propio y personal esfuerzo, y para la que el laboratorio que vino en su ayuda cuando estaba en plena florecencia, era considerado solamente como confirmación o infirmación del brillante esfuerzo analítico y de deducción que en ese entonces implicaba la Clínica; al pie del enfermo aprendía el alumno de los labios elocuentes del maestro el modo de hacer un examen concienzudo, un análisis completo, para llegar a concluir en un diagnóstico, e imponer luego un tratamiento que generalmente era el que le daba la razón o se la negaba al que se entregaba a esta admirable gimnasia de la inteligencia y del razonamiento, un poco descuidada

hoy para pedirle a los diversos auxiliares como son el laboratorio y los rayos X la solución de muchos problemas que ellos en su rigidez técnica y en sus inflexibles conclusiones tampoco pueden dar de una manera absoluta. Repetidas veces tuve ocasión de admirar los diagnósticos del doctor Montaña en casos en que los datos eran absolutamente insuficientes por el estado del enfermo, por lo inadecuado de los medios o por la incapacidad del paciente para suministrarlos, y que el tratamiento por él instituido era la mejor confirmación de su veracidad, cuando no el laboratorio o los rayos X, especialmente en patología cardio-pulmonar en que era excepcionalmente hábil e intuitivo; sus disquisiciones sobre hidráulica circulatoria, sobre conexiones cardio-hepato-renales eran a veces tan exactas o tan lógicas como las del maestro Lombana Barreneche.

Hasta hace pocos años el doctor Montaña atendió su clínica de San José, y sólo la prescripción médica logró separarlo de ella, no sin que protestara por la falta de lo que para él era la gimnasia del médico y recurso para no abandonar los conocimientos que se hacen gratos a la mente y al corazón; quizás estas sean las razones por las cuales el viejo profesor en los últimos años de su vida aceptó el cargo que el Municipio de Bogotá lo llamó a desempeñar en la medicina escolar y ejerciéndolo le sorprendió la muerte.

Pero ya es tiempo de que hable del doctor Montaña como maestro y profesor.

El 15 de febrero de 1904 la Facultad lo nombró profesor de Histología en reemplazo del anterior catedrático doctor Durán, quien por su estado de salud se excusó de seguir regentando la cátedra. Entonces podría yo asegurar que empieza una etapa nueva en la vida del doctor Montaña, pues las disciplinas del profesor forman en él una nueva personalidad que va mostrando sus múltiples facetas en los 33 años no interrumpidos sino por un leve espacio de tiempo hacia 1915 en que una parálisis facial a frígore le impidió continuar labores temporalmente.

El doctor Montaña encontró en el año de 1904 una cátedra de Histología completamente desamparada, pues a pesar de los esfuerzos del anterior profesor para conseguir algunos elementos, nada obtuvo, y cuando empezó a dictar la asignatura tuvo que atenerse a hacerlo de modo teórico y conformarse con recurrir a las figuras del texto y a mostrarles a los alumnos los microscopios en el mismo texto o en los catálogos de las casas fabricantes, como pasa todavía hoy en el laboratorio

con elementos indispensables para el estudio de la Histología con algunos aparatos como los de microdissección, de dibujo y de cultivo de los tejidos que aún no posee el laboratorio de Histología de la Facultad. Ardua tarea para quien deseaba sacar esta importantísima materia del estado embrionario en que se hallaba, y que el doctor Montaña se impuso hasta lograr conseguir lo que hacia el año de 1911 conocí con el pomposo nombre de laboratorio de Histología: 6 microscopios de fabricación francesa, un micrótomos de deslizamiento de Thoma, unos cuantos reactivos colorantes y una imperfecta estufa para inclusiones en parafina para poder hacer cortes de tejidos; era poco sin duda, pero era algo, y ese algo se debía a los constantes esfuerzos del nuevo profesor que no desmayaba un momento en la tarea de convertir la antigua enseñanza puramente teórica en lo práctica que fuera posible. Desde el año de 1912 tuve el honor de acompañarlo como su preparador, y pude observar que entonces redobló el doctor Montaña sus esfuerzos para dotar mejor el destartado laboratorio: conseguimos del rector de la Facultad doctor Luis Felipe Calderón la apropiación de una partida de alguna consideración y se logró hacer un pedido de material que llegó en tiempo del rectorado del doctor Hipólito Machado y que consistía en unos cuatro microscopios más para los alumnos, un gran microscopio Zeiss (el primero que llegaba al país de esta marca) con objetivo de inmersión, un micrótomos Minot para cortes en serie (también el primero que se introducía al país y que aún existe en el laboratorio), y cosa extraordinaria, un aparato para microfotografía, también de la casa Zeiss, que después lo adapté para microproyección, naturalmente muy deficiente porque tal no era su objeto; en dicho pedido llegaron los primeros bloques de celoidina y con ellos pude hacer las primeras inclusiones que se hacían en el país en esta sustancia, porque antes por la deficiencia de los medios y los conocimientos sólo se hacían en parafina; también adquirió el laboratorio una colección de preparaciones histológicas de la casa Adnet de París, las que se agregaron a unas magníficas hechas por el profesor Rafael Urcés durante su estadía en Francia; se obtuvieron colorantes nuevos, se renovaron los antiguos, se adquirieron reactivos y otros elementos indispensables en la manipulación de los tejidos y se instaló el servicio de agua corriente en el laboratorio que por entonces no lo tenía. Ya se podía hacer un curso medianamente práctico de Histología, ya podía el profesor poner a los alumnos a preparar por sí mismos los tejidos que en las conferencias



les explicaba, y se sacaban de ellos microfotografías que servían para ilustrar los trabajos que se emprendían.

Vino luego el traslado de la Facultad a su nuevo edificio, el que ocupa hoy, donde antes se levantaba el Instituto Nacional de Agricultura regentado por el sabio investigador doctor Juan de Dios Carrasquilla, y allí el laboratorio de Histología fue instalado en un local apropiado, muy superior al del edificio de Santa Inés, pero por mala fortuna calculado sólo para trabajar 20 estudiantes a la vez y que hoy es absolutamente insuficiente para cursos como los actuales de más de 200 educandos.

El campo se le ampliaba al viejo profesor; de los años de absoluta escasez pasaba a una relativa holgura, y empezaba a cosechar los frutos de la simiente que había regado: había quien se interesara por la Histología, los estudios eran ya algo prácticos, y en el laboratorio había algunos elementos para emprender investigaciones, cosa que ha sido excepcional en nuestra patria y cuya causa es sobrado conocida de todos.

Por algún tiempo el ejercicio de la profesión me alejó del laboratorio de Histología hasta el año de 1930 en que fui llamado a desempeñar la cátedra como profesor auxiliar debido al gran número de alumnos matriculados: de nuevo vuelvo a tener contacto estrecho con el profesor Montaña que por entonces estaba en el año 26 de su profesorado cumpliendo con la ardua tarea que desde el principio se había impuesto y que soportaba a los 68 años de edad. Ya sus fuerzas se habían minado, pero el entusiasmo no le decaía y siempre se consideraba orgulloso de ser el titular de la cátedra en la vieja Facultad; desde entonces mi colaboración con él fue más estrecha porque desde 1931 fui su Jefe de Trabajos y en 1935 uno de los agregados de la cátedra por curso.

El número de alumnos que cada año se va matriculando en nuestra Facultad es mayor constantemente, y por lo tanto el Consejo Directivo de la Universidad en vista de que era indispensable fraccionar la cátedra para poder atender aunque fuera medianamente a la enseñanza de la materia, resolvió con mucha justicia nombrar al viejo maestro "Profesor Emérito" que por ese hecho pasaba a una decorosa jubilación en el año de 1937, después de 33 años de profesorado.

Después de este acto de estricta justicia el doctor Montaña recordaba diariamente su cátedra y siempre quería estar informado del curso

de la enseñanza, añorando los tiempos idos y con constantes proyectos para el porvenir; fue entonces cuando deseó más ardientemente poderse dedicar a la investigación, especialmente por el reciente método de microdissección y por el de cultivo de los tejidos que tan admirables resultados ha dado en manos de su autor el eminente profesor Alexis Carrel, de quien era ferviente admirador el doctor Montaña. Pero por mala fortuna la escasez crónica de recursos de la Facultad ha impedido que el laboratorio de Histología haya podido adquirir estos elementos indispensables de investigación que yo he venido pidiendo desde el año de 1931 con insistencia rayana en terquedad: sin duda ninguna, si el viejo profesor hubiera podido disponer de ellos, se hubiera dedicado a estas apasionantes investigaciones y quizás hubiera logrado obtener interesantes datos y adquisiciones para nuestra incipiente Histología nacional tan carente en la actualidad de trabajos genuinamente originales debido a la falta de elementos para poder trabajar.

Un año escaso estuvo el profesor Montaña fuera de su cátedra de Histología porque un artero y traidor síncope cardíaco de origen aterosomatoso probablemente acabó con esta bella existencia el 23 de diciembre de 1937 cuando contaba 75 años de una vida llena de merecimientos, dedicada al bien y alivio de la humanidad, no sólo como profesional médico por la mucha caridad que practicó, sino principalmente por la activa parte que tomó como miembro de la Sociedad de Cirugía en la organización y construcción del Hospital San José. Las actuales generaciones médicas desde el año de 1904 le deben el bien inapreciable de haber formado parte del acervo de sus conocimientos desde la cátedra de Histología, y a muchos de esos médicos les sirvió de apoyo y de guía en sus estudios.

Era el doctor Montaña hombre sumamente bondadoso y afable, de modestia que no reconocía límites pues siempre esquivaba hablar de sí para ir a buscar los méritos de los demás; durante el largo período de su vida que tuvo la fortuna y el honor de ser primero su discípulo, luego su colaborador y finalmente su colega en la enseñanza, jamás oí salir de sus labios un solo reproche, ni una expresión que se pudiera pensar aludía en contra de alguien; la misma bondad de su carácter le impedía juzgar mal de los demás y le hacía tener la convicción de que siempre todas las personas obraban con las mismas buena fe y lealtad con que él procedía en todos los actos de su vida. Tuvo verdadera pasión por el magisterio al cual le dedicó la mejor parte de su activa vida lle-

nando sus deberes con el cumplimiento y la honradez más estrictos; le cabe el honor de haber sido el iniciador de los estudios prácticos de Histología en Colombia y de haber contribuido a formar médicos eminentes que hoy honran al país y a nuestra Facultad. Jamás buscó el lucro y la mejor prueba de ello es que murió pobre y trabajando hasta su muerte; formó un hogar modelo con la distinguida dama doña Fanny Cuéllar Durán, la cual murió primero que él, y soportó el golpe con espartana estoicidad para dedicarse a sus cuatro hijos que son el doctor Diego Montaña Cuéllar que ha figurado con bastante brillo en la política nacional, don Francisco Montaña Cuéllar aventajado estudiante de medicina, doña Manuelita Montaña de Bayón y doña Fanny Montaña Cuéllar, que hoy son sus auténticos representantes por poseer las mismas virtudes de su padre.

La vida científica del doctor Montaña podría resumirse así: en primer lugar sus esfuerzos y colaboración decidida en la construcción y terminación del Hospital San José, su clínica en el mismo Hospital, y el profesorado en la cátedra de Histología de la Facultad durante 33 años; el resto se puede dividir entre los honores científicos que muy justamente le fueron dispensados y los trabajos de que fue autor:

Entre los primeros podemos anotar: Profesor Interino de Clínica Interna (1905), Profesor Interino de Clínica Tropical (1906), miembro del Consejo Directivo de la Facultad (de 1910 a 1913), Profesor de Bacteriología y Parasitología en reemplazo del profesor Luis Zea Uribe (1913-1914), Profesor Interino de Ginecología (1920), Profesor Interino de Clínica Tropical (1923), Catedrático del Instituto Nacional de Agricultura y Veterinaria (1915), Miembro Honorario de la Sociedad de Medicina, Miembro de la Academia Nacional de Medicina, Profesor Emérito de la Universidad Nacional, Médico de Higiene Municipal (1933-1936), Médico Escolar de Cundinamarca, Miembro de la Sociedad de Pediatría (1921-1937), Miembro del Consejo Superior de Sanidad, Miembro de la Junta de Beneficencia de Cundinamarca y Médico del Dispensario del mismo Departamento.

Entre los trabajos científicos por él publicados tengo noticia de los siguientes: "La lucha antialcohólica; el alcoholismo en Colombia y medios de combatirlo" (1921), "Lucha antivenérea (Repertorio de Medicina y Cirugía)", "El doctor Antonio Vargas Vega" trabajo magistral de biografía para su ingreso a la Academia Nacional de Medicina (1928), "El doctor Juan de Dios Carrasquilla" "admirable trabajo de

biografía científica del sabio director del antiguo Instituto Nacional de Agricultura presentado con ocasión de la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina para celebrar el primer centenario del natalicio del ilustre hombre (1933), "Consideraciones sobre hospitales en Bogotá" (Gaceta Médica-1910), y "Lepra en Colombia".

*Profesor Agregado, Carlos M. Pava.*

